

CULTURAS ADOLESCENTES

Padre Pedro José Ynaraja

Soy espectador interesado y también crítico, de una sociedad que se comporta con la irresponsabilidad e inestabilidad colectiva, propia de un adolescente. Acababa la semana pasada recordando el poco interés que existe hoy en día por la trasmisión de la vida humana. Decía, siempre lo hago con el mismo ejemplo, que nuestra cultura o sociedad, pone menos interés en facilitar el nacimiento de hijos en el seno familiar, que por la conservación y multiplicación del lince ibérico que, siempre se nos recalca, ha estado hasta hace muy poco, en vías de extinción. ¡Oh, gran desgracia la que hubiera sobrevenido al mundo si así hubiera ocurrido! .

Me preocupa también ver por nuestras calles a jóvenes, adultos y ancianos, que responsable y seriamente, sacan a pasear a sus perros cada día, sean de raza y alto precio, o mestizos, falderos u otros posiblemente agresivos. Al mismo tiempo compruebo que las mismas calles están vacías de criaturas a las que acompañen sus padres o sus hermanos mayores. Que vea yo que juegan, que gritan, que pisan con sus zapatos nuevos todos los charcos que encuentran. Estos que podrían ser futuros vecinos, que cultivaran campos, condujeran rebaños, trabajaran en las industrias, pagarán impuestos que permitieran sufragar a defensores del orden público, asistencia sanitaria o las pensiones que les corresponderán pronto a los hoy responsables ciudadanos electores, pronto ancianos jubilados. Perros y gatos no son promotores de cultura, activos investigadores, médicos o maestros del pueblo que decide su futuro.

Me he expresado en términos sociales o políticos, que no es mi ámbito, sin olvidar criterios de mayor calado, que ahora emprendo resumiendo. No seré yo, que renuncié libremente a ello, quien menosprecie los goces propios del encuentro personal entre varón y mujer y sus implicaciones en la vivencia favorable familiar. (Espero se entienda a qué me refiero). No ignoro las dificultades que implica tener hijos, educarlos y facilitar con gran esfuerzo, su llegada a la vida adulta, gozando de una profesión digna. Tampoco desconozco que tener una criatura en casa, con sus sonrisas y ocurrencias, alegre el ambiente., promueve la esperanza, llene de felicidad el hogar.

Lamento que se quede todo en la difusión de tales valores intermedios, acallando otros de mayor calado. Y advierto que estoy expresándome y dirigiéndome a lectores que supongo se sienten cristianos. Los sacramentos de la Iglesia son de recepción y enriquecimiento individual. La Gracia es para uno. Todos no, el sacramento del matrimonio es para dos y lo viven o deben vivir los dos conyugues simultáneamente. El abrazo matrimonial es júbilo, pero también es Gracia. La mayor grandeza empero, es la posibilidad de que se abra a una nueva vida. El mayor misterio de tales encuentros, está en que de actos tan limitados en el espacio y el tiempo, puedan derivarse miradas que se extienden hasta horizontes eternos. Dicho de otra manera, un perro o un gato, se compra,

se alimenta, tal vez es defensa personal o alejamiento de roedores, alguna compañía comportan, la posibilidad de jugar también. Todo legítimo y bueno.

Ahora bien, tener un hijo es colaborar con el Dios creador que escoge, los escoge, con el propósito de que haya en el mundo un futuro un santo. En el mundo y para la eternidad. Teniendo esta perspectiva se sorteán las dificultades económicas, los conflictos de horarios escolares, por citar causas que se citan comúnmente.